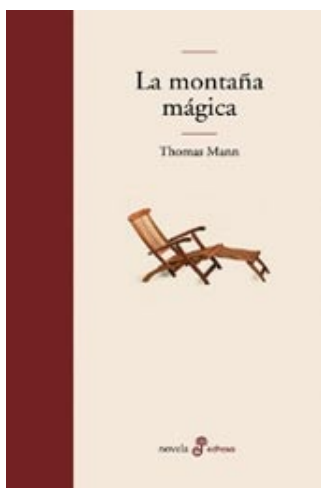


## «¡Señor, no, señor!». Una reflexión melancólica con motivo de la nueva edición de *La montaña mágica*

Luis Montiel\*

**MANN, Thomas:** *La montaña mágica*. Traducción de Isabel García Adánez. Barcelona: Edhasa, 2005; 936 páginas. ISBN: 84-350-0891-6. Precio: 39 euros.



Defendí mi tesis doctoral sobre el tema «Enfermedad y vida humana en la obra de Thomas Mann» en 1980. El tema elegido vino determinado por la inmensa admiración que sentía por el escritor desde que, con dieciséis años, leí por primera vez *La montaña mágica*. Consciente de la inmadurez de aquel trabajo —por doctoral que fuera—, no he dejado de volver machaconamente desde entonces sobre mis pasos, relejendo las novelas

y ensayos de aquel a quien considero uno de mis maestros y escribiendo de nuevo, intentando dar cauce a un diálogo ininterrumpido y siempre renovado. He sido favorecido con la invitación a participar, en agosto del año próximo, en la correspondiente Davoser Literaturtagung, que se celebra, precisamente, en la montaña mágica, para reflexionar sobre la obra manniana. En cuanto a mi relación con el idioma alemán y con el mundo de la traducción, señalaré que formé parte, durante varios años, de la comisión científica de la Fundación Carl Gustav Jung de España, responsable de la edición en curso de la *Obra completa* en castellano (Madrid, Trotta) del psicólogo y médico suizo —tarea en la que, entre otras cosas, tuve que ocuparme, formando parte de un pequeño equipo de alemanes y españoles, de revisar línea por línea la traducción de cuatro volúmenes de la obra—, así como que, a medias por entrenamiento, a medias por placer, he traducido al español en verso rimado las *Kleksografías* del médico y poeta romántico alemán Justinus Kerner (Barcelona, MRA). Escribo todo esto no por fatuidad, sino precisamente por todo lo contrario. Sabedor de que no soy un personaje conocido, cualquiera que lea las líneas que siguen podría preguntarse con qué títulos me tomo la libertad de opinar acerca de la reciente traducción de *La montaña mágica* publicada por Edhasa; y esa pregunta exigía una respuesta.

Comenzaré con una declaración. Mi reflexión melancólica —o atrabiliaria; no se olvide que «melancolía» y «atrabilis» significaban lo mismo para la medicina galénica— no apunta a la persona de la traductora, Isabel García Adánez, ni a su trabajo. Precisamente porque sé lo que es traducir —y rehúyo esa tarea siempre que puedo— y porque conozco bien la obra de Thomas Mann en su lengua original, puedo calibrar el mérito de un empeño como el suyo. Pero el lanzamiento mediático de dicha traducción, que, lógicamente, había de despertar mi interés, me parece, a la vista de los hechos, un signo más de la lamentable corrupción mercantil de nuestra cultura, en la que, según parece, para vender vale todo.

Empezaré por lo más subjetivo. Probablemente sea mi vinculación juvenil con el protagonista, Hans Castorp, lo que me hace tan sensible al tema de que alguien se tome excesivas libertades con los difuntos. Y la campaña de marras —que, no lo olvidemos, no se basó en reclamos publicitarios, donde todo el mundo sabe cuales son las reglas del juego, sino en artículos de críticos literarios en la prensa— daba a entender que quien sólo había leído la traducción de Mario Verdaguer había sido objeto de una especie de timo. Ni que decir tiene que, teniendo al lado la edición alemana, a la de Verdaguer pueden encontrarse no pocos errores. Pero sostengo que no es tan mala traducción como se ha querido dar a entender al público. Y no estoy solo. Recientemente Claudia Kalász ha publicado en *Revista de libros* (octubre del 2005) una recensión titulada «Con fecha de caducidad» en la que da un pequeño repaso a tales pretensiones, llegando a acusar de «ingratitude» a la traductora, quien «se basa ostensiblemente en la labor de Mario Verdaguer que, entre otras cosas, le dejó resuelta la gran dificultad que presenta el léxico enciclopédico [... de] Thomas Mann». Volveré, aunque brevemente, sobre este tema. Kalász también niega otros argumentos esgrimidos a favor del «parricidio intelectual» cometido con Verdaguer, como el rumor de que habría traducido desde el francés o la exageración «de la magnitud de algunas omisiones». Pero, con todo, su recensión me parece demasiado indulgente, y voy a intentar explicar por qué, simplemente a partir de algunos ejemplos.

Comencemos por algo que salta a la vista: los títulos de las distintas partes de los capítulos. En el segundo se menciona «la jofaina bautismal». ¿Por qué no traducir *Schale* simplemente por «bandeja»? «Jofaina» tiene unas resonancias árabes que cuadran mal con el espíritu nórdico que Mann crea en ese capítulo, y, además, quien haya podido contemplar en el museo de la Buddenbrookhaus en Lübeck el utensilio mencionado con ocasión de los bautizos de los miembros de la familia Castorp —que en la realidad pertenecían a la familia

\* Departamento de Historia de la Medicina, Universidad Complutense de Madrid (España).

Dirección para correspondencia: <montiel@med.ucm.es>.

Mann— estará de acuerdo en que su aspecto es más el de una bandeja. ¿Cuestión de gusto? Puede ser. Pero no lo es el preferir «Ensombrecimiento pudibundo» (Verdaguer) a «Dignidad ofendida» (García Adánez) como título de la primera parte del capítulo tercero, pues la actitud de Castorp a que se refiere es la de un verdadero mojigato, y no conviene confundir la dignidad con la mojigatería. También considero incorrecto «Sopa, eternidad y claridad repentina», y más adecuada la traducción de Verdaguer: «sopa eterna» por *Ewigkeitssuppe* (literalmente, «sopa de eternidad»); como «¡Dios mío, veo!» (V), mejor que «¡Dios mío, lo veo!» (G. A.) —en el original: *Mein Gott, ich sehe!*—, pues lo que se trata de transmitir es el sentimiento de Hans Castorp ante una especie de revelación ascética: el descubrimiento de la condición mortal de su primo, y de la suya propia, a través de la radioscopia. Algo semejante a lo que ocurre con la traducción de *Heiterkeit* en el capítulo en que aparece Settembrini. El sentimiento —«alegría» (V) o jovialidad— queda reducido a «carcajadas» (G. A.) Y, si uno de los méritos de la nueva edición era recuperar texto escamoteado, ¿por qué escamotear la traducción de *üble* en el título que reza: *Vom Gotesstaat un von übler Erlösung*, dejándolo en «Del reino de Dios y de la salvación»? Verdaguer no la omite, y creo que cualquiera percibirá la diferencia: la salvación —que el anterior traductor vierte como «liberación»— de la que se habla es «perversa».

La lectura de la novela depara otras cuantas sorpresas, de las que sólo puedo destacar algunas; por ejemplo, «Iglesia reformista» (¡qué Iglesia tan moderna!) por «comunidad (o si se quiere, Iglesia) reformada», o sea, luterana —*reformierte Gemeinde*—; la exigencia que se hace al lector de que acepte que «tatara-tatara» es «un sonido oscuro que evoca la tumba» —Verdaguer, más sensato, hace saber a aquél que el prefijo que en alemán se antepone al sustantivo *Grossvater* (bisabuelo), pues de eso se trata, es *Ur*; y *Ur-ur* sí resulta tenebroso—; la abusiva generalización que la traductora pone en labios de Settembrini —«¡Qué audacia descender a las profundidades, el mundo insignificante y absurdo de los muertos...!»—, cuando el humanista se refiere solamente a algunos «muertos» —*Toten*—, sin artículo determinado: los que creen vivir, habiendo abandonado toda responsabilidad, en la «montaña mágica». Aunque aquí la traducción sea literal —«descender a las profundidades»—, parece más pertinente la solución de Verdaguer —«a estas profundidades»—. Hay, también, errores debidos al desconocimiento, no necesariamente culposos,

de los temas tratados, como, por ejemplo, poner en boca de Joachim en su primera conversación con Hans, al mostrarle el frasquito que lleva en el bolsillo, y del que luego sabemos que es apodado *der blaue Heinrich* (Enrique el azul) —chiste para alemanes que remite a la novela de Gottfried Keller *Der grüne Heinrich*—, la frase: «la mayoría de nosotros, los de aquí arriba, lo tomamos», frase verdaderamente repugnante, pues lo que tomarían en tal caso serían sus propios esputos; «lo llevamos», traduce, con mayor discernimiento, Verdaguer; en todo caso, Mann escribe *haben*. Algo parecido a lo que ocurre con las pretendidas «vesículas bronquiales» de la raya (pág. 359); naturalmente se trata de hendiduras branquiales.

No puedo, ni tal vez debo, insistir en este tipo de errores, o de decisiones que no comparto, algunas de las cuales comprometen, a mi parecer, la recta comprensión de la intención de Mann. Pero sí señalar que también en el uso del español se producen algunos errores que desmerecen la traducción, como, por ejemplo, «cambios de diversas índoles» por «de diversa índole» (pág. 35); «su omnibulado cerebro» por «obnubilado cerebro» (pág. 98); «no con cierto retintín» por «no sin cierto retintín» (pág. 300); «pliegos de la tela» por «pliegues de la tela» (pág. 331), o «la vigésima parte del peso» por «la veintava parte del peso» (pág. 336).

Por fin, si pretendo ser fiel al sentimiento que me ha movido a realizar una tarea tan desagradable, debo detenerme un momento en una de las supuestas pretensiones de la traducción, aquella a la que se refiere la «fecha de caducidad» de Claudia Kalázs: «la voluntad de crear una versión que los lectores actuales puedan leer con naturalidad», en palabras de esta crítica, que se hace eco de las propias de la traductora. No tengo tan claro que sea oportuno «actualizar» el lenguaje de Thomas Mann, y desde luego no me gusta en absoluto que, para ello, se haga decir a Hans Castorp «no soy muy forofo de las excursiones» (pág. 231); al doctor Behrens, que los ojos de madame Chauchat parecen «dos puñaladas en un tomate» (pág. 331), y, sobre todo, al bueno de Joachim, oficial prusiano en ciernes —y no se olvide que estamos en la primera década del siglo XIX— «¡señor, sí, señor!» (pág. 536), como un marine de película. Su *Jawohl, herr Hofrat* merecía mejor trato.

Una vez más reitero mi respeto, no sin condiciones, por el trabajo de la traductora. En una obra tan extensa y compleja es imposible que no se produzcan fallos. Pero no tengo más remedio que decir a cada uno de los corifeos del lanzamiento editorial: «¡Señor, no, señor!».

